

ESENCIA Y APARIENCIA DE MADI

Arte madí, movimiento madí, son denominaciones que ya han rebasado los límites geográficos en que estaban confinados, hace de esto casi tres lustros. Todas las peripecias, las pasiones, las experiencias previas, las escisiones, la resistencia de un medio hostil, el constante e indeclinable batallar que el grupo tuvo y tiene que sobrellevar, son hoy tan candentes como lo fueron antes. Lo que ha variado fundamentalmente, incluyendo las contribuciones de la primer hora, es la índole y el campo de su enfoque, la mayor intensidad y amplitud de su diafragma, y una preocupación más trascendente con respecto a su proyección universal y sus aportes reales a la cultura de nuestros días.

Sostenemos que el falso modernismo gustó de la aglutinación y abusó del concepto de ismo, mientras las modas sucesivas pudieron ir arrasando sin vallas los intentos que sólo valían por la espontaneidad en muchos casos, convirtiéndose así en pasajes de una lamentable frustración. ¿Por qué persiste madí? Porque está en la historia del tiempo, ya tiene el eco de una universalidad que le confiere el carácter de un estilo. Alcanzar un estilo en arte es conseguir una ubicación que se supera pero no se desaloja.

Hay por ello un implacable móvil que nos guía con todas las alternativas de retroceso y avance, a señalar que los resultados de nuestras experiencias confirman terminantemente la caducidad de todo un sistema de concepción, en cuanto a la esencia y la apariencia del objeto de arte.

El estilo en ningún caso se encuentra hecho, no se im-

pone por la fuerza, ni se escoge para adaptarlo a un ambiente histórico. Detrás de la obra individual del pintor, escultor, poeta, músico, arquitecto, hubo un estilo que es como la predestinación colectiva de toda la actividad personal del artista. El estilo no se realiza por un apremio venido de fuera, sino libremente del interior, a través del libre albedrío, sin ejercer presión sobre la conciencia autónoma del artista, y sin impedir el crecimiento espontáneo de la obra de arte. No es la creación de un genio, ni siquiera (como en nuestro caso) el resultado final de gran número de esfuerzos convergentes, sino la manifestación exterior de una comunidad profunda, integral, que no precisa la dirección o la ayuda del Estado o el capital, sino de un clima que le permita desarrollarse. Desde luego sus raíces están en las condiciones de cada época y no podrá sustituirse por la voluntad o un método determinado.

Enunciar pues, que el arte no figurativo toma envergadura y se consolida cada vez más en todos los países, no es ninguna compensación. Y no lo es por el solo hecho de que el artista declare y sienta por fin el estragamiento de toda expresión representativa, sino porque actúa en función de estratificaciones que le abruman y que aun no ha superado.

El arte no figurativo engloba diversas corrientes, hasta las más opuestas, donde lo aparential de la obra no condice en absoluto, con su esencia. Así por ejemplo, muchos pintores aun obcecados por el peso de la pintura de caballete, padecen el marco y toda su prisión compositiva, su ortogonalismo industrializado, absurda imposición de una industria carpintera de marcos y telas.

El caso más típico y congruente, a pesar de no superar el concepto de ventana, es el de los concretos, que con la utilización del fondo, espacio-sugerido, terminan la pintura allí, donde debería empezar. ¿Por qué? Por el hecho de no inscribir más contenidos que los que hacen vibrar ese fondo. Persiste además, como un boquete rectangular abierto en el muro y su lógica acomodación a él, el llamado "cuadro".

Así también los “tachistas” e “informalistas” de expresión abstractizante, que inscriben signos-manchas para romper esclusas que un exagerado geometrismo ha provocado y donde la “sensibilidad del instinto” irrumpe sin direcciones previsibles. Esta urdimbre confusionista es palpable en toda exposición colectiva de tendencias dispares.

Pero es justo reconocerlo, afligen al artista madí otras intenciones y tentaciones en la problemática del arte contemporáneo. Por ello queremos recalcar que nuestra pintura, primero con el marco estructurado y luego con los planos y color liberados, el espacio y la articulación como elementos en la composición, transformarán el muro que ha sido el intermedio obligado a través de toda la historia de la pintura. A un paso de dicha integración la vivienda se modificará desde su base, hasta fundamentarse en cambios sociológicos insospechados.

En los grandes espacios abiertos la escultura hará visible el vigor creativo en la elaboración de energías de movimiento, espacio, luz, profundidad. Por ello, lo que predecimos sobre la arquitectura debe madurar sobre realidades graduales en la conciencia colectiva. Esto en cuanto a artes de percepción visual. Pero aun siendo la cognición visual tan preponderante, ¿cómo podrá haber integración sin un lineamiento que tensione todas las artes, sin un avance que nivele hacia arriba todas las actividades del ser humano?

Si bien es cierto que en el campo arquitectónico se ha comenzado a pensar en términos de relaciones de espacio interno, el movimiento madí acentúa sus proposiciones en la forma exterior, escultórica, y su desplazamiento real en el espacio. ¿Anunciamos con ello una posible utilización del dominio gravitacional? Un nuevo equilibrio electivo para el urbanismo espacial, traería aparejado la desvalorización de ciertas industrias del hombre, y el desmoronamiento de las exigencias de un estrato social. Sólo enfrentándonos con la automatización tecnológica responsable, es decir el aprovechamiento humano

de la máquina, esta solicitación estética se encauzará provechosamente.

Asimismo la música busca nuevos horizontes en el terreno del sonido y la instrumentación electrónica, preconizando las “series panintervalares”. Adelantamos la sustitución del intérprete por el compositor.

La literatura, palanca ideológica del pensamiento o exploración imaginativa, permanencia del verbo y la poesía, deberá liberar y acrecentar nuestro alrededor a zonas inéditas, maravilladas e imprevistas del ser humano.

Como es natural estamos sujetos a la provisoriedad de algunos postulados; pero nuestra pretensión, ya con ramificaciones extrageográficas, está legitimada por las trascendentes obras de artistas madí de América y Europa. Están, además, innumerables artistas que entran involuntariamente en la calificación de nuestro estilo madí, que determinó con mucha antelación la realidad del objeto pictórico en movimiento, articulación, desplazamiento, etc.

Este imperativo de estilo, de nada vale si no va paralelo a la meta que es la esencialidad de toda obra de arte, sin la cual no puede haber autonomía vivencial del objeto, ni una conciliación entre contenido y continente. Es a mi entender, el único medio para incitar y realizar la síntesis de las artes plásticas y la arquitectura, promovidos desde todos los puntos interactuantes del pensamiento.

Tal intermediación con todas las posibilidades, hacia el logro de un equilibrio distinto —no somos ya la medida de las cosas; la fisiología humana trata de ajustarse a ciertas invenciones sin poder lograrlo— nos conduce a la comprobación de que tales periferias alcanzan irremisiblemente un “climax” propio, vital, que actúan como transformadores de la sociedad.

Y esa transformación se advierte en las apariciones cíclicas de los sucesivos estadios culturales. Su apariencia es el primer contacto con la realidad, el choque directo, la cosa presentable tal como la vemos. La apariencia, lo que aparece, puede hacer concebir una idea exigua o exagerada de su realidad

o su fondo. Sólo cuando lo sostiene lo más importante, intransferible y útil a ella, es decir su esencia, se hace presentación de una invariable atemporal, como lo es toda creación.

Media humanidad, y la otra que le sigue, está habituada a menospreciar risueñamente la utilidad en los valores estéticos. Nosotros sostenemos que es justamente esa utilidad, la que aplica y estabiliza de una manera directa el grado de validez y estímulo de los objetos estéticos.

En muchos sentidos, madí presente sus propios límites, los que incumben precisamente a una arquitectura que contenga e irradie todos sus atributos, no sólo de su función, sino del factor espacio-temporal-estético. Pero admitiendo todo ello y sumando nuestra finitud, es como podemos ampliar las dimensiones de la naturaleza y adelantarnos a la exigencia de un estilo y a la mutua potenciación apariencia-esencia.

G. KOSICE

Esperanza 41, Buenos Aires

